

MANUEL URIBE ÁNGEL, CIENTÍFICO Y LITERATO

ALFREDO NARANJO VILLEGAS

En su *Medicina en Antioquia*, el doctor Uribe Ángel nos dejó la mejor descripción del primer herbolario que fungió como médico entre nosotros: don Nicolás de Villa y Tirado sufrió un cancroide que lo llevó a leer cuanto sobre el tema se había escrito y de allí se autograduó como recetador. Un día el mozuelo Manuel Uribe Ángel estaba de visita para conseguir una receta, aquéllas se repitieron y pasó a ser escribiente de Villa y Tirado. Otro día éste hubo de ausentarse dejando a Uribe Ángel encargado de la “consulta”. Entró alguien: “Qué solicita usted, amigo? Una receta, amo. Y para quién? Para mi hermano que tiene peste... El enfermo tiene zarro en la lengua? Si, señor. Blanco, amarillo o negro? Negrusco. Sequedad en la boca? Como de un loro. Vómito? Mucho. Sed? Muchísima. Delirio? Un poco prevaricado. Calentura? Mucha causón. Vino entonces la receta: tomará en el día tres vasos de una tizana compuesta con una pucha de suero, un puño de verdolaga, raíz de grama, borraja, cerraja, perejil, vendeagujas y espadilla, agregándole treinta gotas de nitro dulce, once gramos de sal de nitro, una cucharada de miel de abejas y un terrón de azúcar. Por la noche se pondrá una lavativa de cocimiento de malva, bledo, batatilla, tamarindo, cañafistula y panela”.

La farmacopea era esa. Las virtudes de las plantas se conocían empíricamente y la tradición las perpetuaba. Las más comunes eran malva, perejil, bledo, malvavisco, poleo, toronjil, cerraja, hierbabuena, naranjo,

zarza, quina, eneldo... pero los remedios de más jerarquía eran: el maná, el nitro, el crémor, la miel de abejas, el ruibarbo...

Las fórmulas, sigue contando Uribe Ángel, tenían algunas hasta veinte plantas distintas, “de suerte que al llegar a casa era necesario que una falange de comisionados anduviese por huertas y jardines, por prados y rastros, por bosques y colinas, por cerros y por breñas, éste en busca de la aristoloquia, aquél de la cascabela, y el otro en la indagación de la zarzaparrilla. Entre tanto... el cuerpo doméstico quedaba íntegramente ocupado en la preparación de la medicina. Multitud de vasijas eran puestas sobre la lumbre. Aquí clarificaban suero, allí preparaban almíbar, allá hervían una tizana, acullá sazaban un caldo, y más allá confeccionaban un clisterio. Todo era movimiento y actividad, todo ocupación y lidia, todo laboriosidad y fatiga, y en cuanto al infeliz enfermo, su suerte era desastrosa. Apósitos por centenares, emplastos por decenas, fricciones, unturas, lavativas, vomitivos y, sobretodo, bebidas en cantidades monstruosas; y tan complicada esa polifarmacia que los dolientes daban con frecuencia en terminar sus penas bajo la siniestra influencia de una hidropesía”.

Así nació la vocación médica de quien había de copar con su presencia la segunda mitad de nuestro siglo XIX en la medicina antioqueña.

* * * * *

Quienes hemos nacido en pueblo sabemos de esa aniquiladora nostalgia que invade al puebleño al llegar a la ciudad. Enseñados a tener el campo a cuatrocientos o quinientos metros de distancia del poblado, no es extraño la física sensación de quedar enjaulado al llegar a la ciudad. El doctor Jaime Mejía Mejía, médico salamineño, lo describe certeramente: “Al abrir los libros se me venían todos los recuerdos de mi casa, la libertad de mis montañas, y mis noches de silencio y de penumbra, en una palabra: todo ese arsenal de impresiones recibidas en dieciocho años de existencia silvestre. Me iba cargando de angustia... y en medio de este cuadro que podíamos llamar espiritual, se me instaló un síndrome físico. Se me produjo un fenómeno óptico: comencé a ver de repente que el campo visual de ambos ojos se encegecía en su mitad derecha y sólo veía la mitad de todos los objetos. Enseguida la parte negra derecha se fue llenando de

luces en zigzag, como rayos pequeñísimos de una movilidad desesperante. El fenómeno de media ceguera desapareció algunos minutos después al ser seguido de un dolor de cabeza, náuseas y angustia que tuve que llevar a la cama por dos días. Mejoré el cuadro físico con ayuno obligado, pero quedé sin capacidad para concentrarme en el estudio y, de repente, comprendí que estaba vencido, mi reino no era ese mundo de las letras y que mi cabeza campesina debía volver al monte.

.....

Partí, con la celeridad y la certeza de la abeja, en busca del consultorio del doctor Manuelito Uribe, único faro de luz que podía dar claridad en el caos de mi estado mental, próximo a la alienación.

Con una voz temblorosa, que yo mismo desconocía, y con un nudo en la garganta, le conté mi fracaso, el espanto del fenómeno que se verificaba en mi cabeza y la necesidad de volver a morir a los paternos lares. El gran viejo me escuchó atenta y amablemente, y cuando terminé mis congojas me dijo: Siéntese en ese taburete y escúcheme con la misma atención con que yo le he escuchado. Lo que usted tiene es un agotamiento nervioso. El cambio de vida de un momento a otro, la variación total de las costumbres y de las comidas, la vida sedentaria después de llevar una vida activa, es capaz de trastornarle todas sus facultades a cualquier cerebro sano. Y ese fenómeno visual y digestivo que se ha sumado a los otros fenómenos espirituales de desadaptación, se llama “jaqueca oftálmica”, afección esta que aunque asustadora, no tiene ninguna gravedad...

Ese “cuadro de desesperación” que usted presenta, lo tuve yo también. Yo vine interno a este mismo colegio, de allá de Envigado, a donde podía volver en pocas horas, pero a pesar de que en el primer año sentí todos los síntomas que usted me ha contado, me hice el ánimo de no pedir auxilio en mi casa, hasta terminar el año escolar. Creí que iba a enloquecer y, sin embargo, aquí me ve Ud. con mi grado disfrutando de comodidades y de agasajos honoríficos. Y a Ud. le va a pasar lo mismo que a mí: valor y le vendrá su recompensa. La fuerza de la voluntad lo hace todo, sobre todo cuando uno tiene un poquito de pundonor. Ud. tendrá exámenes dentro de cuatro meses. Allá verá como gana sus cursos con buenas calificaciones y cuando vuelva a su casa va a sentir lo que yo sentí: que ha

ganado en categoría con respecto a los compañeros que dejó, Ud. encontrará que, en seis meses de ausencia les hace tanta ventaja que ya nadie tendrá que decirle que continúe su sacrificio de volver al estudio porque ya no será sacrificio.

.....

Mas que con atención, con todas la potencias del alma, escuché al doctor Uribe Ángel, y, cuando terminaba de hablar, experimenté la sensación de un milagro: todo mi panorama interior se me cambió en forma repentina. Sentí lo mismo que debe sentir el que se estaba ahogando sin esperanza, y de repente lo sacan del agua. La opresión de la garganta se me fue borrando a medida que salían las palabras del doctor y en todo el organismo experimenté el bienestar de un baño termal...”*

* * * * *

Pero hay un episodio en la vida de Uribe Ángel que resume mejor que nada la influencia que ejerció este insigne maestro que merecía la admiración de gentes como el doctor Luis Eduardo Villegas, don Fidel Cano, Carlos E. Restrepo, Eduardo Zuleta... Fue en la guerra de 1876: las tropas conservadoras fueron vencidas por el general Julián Trujillo, don Silverio Arango firmó la capitulación en Manizales en abril del 77. Cuando se supo en Medellín la noticia, las turbas liberales se aprestaron a celebrar la derrota de sus adversarios; se esperaban tremendas represalias. El gobierno huyó. Sólo uno de los secretarios, el doctor Botero Uribe, tuvo el buen tino de acudir a Uribe Ángel y presentarse con él ante los amotinados: bastó la presencia del patriarca para que la multitud se apaciguara y se librara la ciudad de una jornada de imprevisibles consecuencias.

* Mejía Mejía, Jaime. *Historias médicas de una vida y de una región*. Bedout, Medellín, 1960, p 66 sts.